

Volumen XIX.—Julio 1.º de 1924.—Número 186.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRESA DE SAN BERNARDO
MCMXXIV

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Julio 1.º de 1924

HOMENAJE

a don Antonio Gómez Restrepo

Con ocasión del nombramiento de don Antonio Gómez Restrepo para decano de la Facultad de Filosofía y Letras, se cruzaron entre el secretario del Colegio y el ilustre catedrático las notas siguientes:

*Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario—Número 27.
Bogotá, mayo 8 de 1924.*

Señor doctor don Antonio Gómez Restrepo.—E. S. D.

Tengo el placer y la honra de enviar a usted copia del acuerdo por el cual la Consiliatura del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, nombra a usted decano de la Facultad de Filosofía y Letras del mismo Colegio.

Tal designación complacerá vivamente a todo el Claustro que considera a usted como uno de sus más esclarecidos maestros, y es un acto de verdadera justicia, dados los servicios que con tanto desinterés y entusiasmo ha prestado usted al Colegio desde hace muchos años.

Ruego a usted aceptar mis respetuosas felicitaciones y el homenaje de mi admiración y cordial amistad.

CARLOS LOZANO Y LOZANO

CONTENIDO

| | |
|--|-------------------------|
| Homenaje a don Antonio Gómez Restrepo. | |
| Don Ignacio Joaquín de Herrera y Vergara. | ENRIQUE ORTEGA RICAURTE |
| Sobre la rima. | DANIEL RESTREPO, S. J. |
| La hija del marqués de san Jorge. | MANUEL JOSE FORERO |
| El día en el colegio. | MONSEÑOR BAUNARD |
| De la morfina a la eternidad. | PIERRE L'ERMITE |
| Aplicación de las leyes. | GUSTAVO ATUESTA |
| Necrología. | |
| La literatura colombiana.. | ANTONIO GOMEZ RESTREPO |

Bogotá, 9 de mayo de 1924.

Señor don Carlos Lozano y Lozano, secretario del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.—L. C.

Tengo el honor de acusar a usted recibo de la muy atenta nota, fechada el día de ayer, con la cual me envía usted copia del acuerdo en que la Consiliatura de ese egregio instituto ha tenido a bien nombrarme decano de la Facultad de Filosofía y Letras del mismo Colegio.

Múltiples circunstancias concurren para que este acto de la Consiliatura tenga muy grande significación para mí; el prestigio secular del Colegio; el brillo que sobre él reflejan su ilustre Rector actual y las eminentes personalidades que con él forman ese cuerpo; y el cariño profundo que guardo al instituto de fray Cristóbal, en donde he pasado tantas horas felices de mi vida; son motivos más que suficientes para que estime como una alta ejecutoria la designación que se ha hecho en mí, si no bastaran los honrosísimos términos en que está concebido el acuerdo, para llenarme de íntima satisfacción y para obligar de manera perdurable mi gratitud.

Ruego a usted hacerse intérprete de estos sentimientos ante el señor Rector del Colegio y demás miembros de la Consiliatura; y usted, que en términos tan amables se ha dignado darme cuenta de ese acto de singular estimación y afectuoso compañerismo, sírvase aceptar el testimonio de alto aprecio y estimación personal con que soy su afectísimo servidor y amigo,

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Para festejar el merecidísimo honor otorgado al eminente profesor de literatura, los actuales alumnos de la Facultad, los doctores en filosofía y letras residentes en la capital, los superiores y algunos de los catedráticos lo obsequiaron el 2 de junio pasado, con un suntuoso té, servido en los elegantes comedores del *Hotel Regina*.

Fueron invitados los caballeros siguientes:

Monseñor Rafael María Carrasquilla, señor doctor Jenaro Jiménez, señores José Eusebio Ricaurte, Miguel Abadía Méndez, José Joaquín Casas, Juan N. Corpas, Pomponio Guzmán, Laureano García Ortiz, Emilio Ferrero, Víctor E. Caro, Jorge Gómez Restrepo, Abel Casabianca, Manuel José Barón, Vicente Casas Castañeda, Angel María Céspedes, Eduardo Santos, Roberto Cortázar, Luis María Mora, Luis Enrique Forero, Ramón Zapata, Luis Rueda Concha, Tomás Rueda Vargas, Antonio María Barriga Villalba, Francisco de P. Barrera, José Tomás Escallón, Luis Tomás Fallon, Daniel Samper Ortega, Carlos Lozano y Lozano, José Camacho Carreño, Diego de J. Fallon, Luis Perdomo, Eduardo Michelsen, Jesús María Oviedo, Rafael Sarmiento, Abelardo Gómez Naranjo, José María Restrepo Millán, Francisco M. Rengifo, Francisco Zapata.

Adelante publicamos los bellos discursos pronunciados en la fiesta.

La REVISTA se asocia a los homenajes tributados al preclaro profesor, literato, crítico, orador y poeta, y lo felicita por la justa estimación en que le tienen y el acendrado afecto que le profesan sus colegas y sus discípulos.

DEDICATORIA DEL BANQUETE

Señor:

Si vuestro nombre no me fuera tan familiar; si no hubiérais ocupado siempre en mi corazón puesto preferente; si desde niño no hubiese aprendido a miraros con cariñosa veneración; si no me sintiera yo el más obligado por íntimos y sagrados títulos, seguramente habría declinado en otro más digno que yo el grande honor que se me hace, designándome para haceros la dedicación de la presente fiesta de amigos, en la que hemos querido daros muestra del afecto y admiración que os profesamos.

El honor que la honorable Consiliatura del ilustre Colegio del Rosario acaba de haceros, otorgándoos el título de Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, no es sino la confirmación del sentimiento que, desde el principio de vuestra luminosa carrera, anima el corazón de vuestros colegas y de vuestros discípulos. Orgullosos se sientan hoy a vuestro lado muchos de éstos, y vos con la satisfacción que se experimenta a la vista del fruto recogido, os debéis deleitar contemplando esta porción de vuestra grande obra de cultura, y sentir rebosante de alegría el corazón al ver que no en vano habéis trabajado y que el mejor galardón lo constituye la distinguida falange de hombres de letras que ensalzan vuestro nombre, cantan vuestras glorías y rinden homenaje a vuestros preclaros talentos, a vuestra profunda sabiduría, y a vuestro constante y difusivo amor a las humanidades, que son la medula de león de nuestros grandes estudios.

Heredero de un hombre caro a la educación y a las letras colombianas, a penas entrado en la adolescencia comenzásteis vuestra labor con desusado brío, y, como el águila que a penas contemplando el sol, despliega las alas y se lanza al espacio, vuestra inspiración de poeta levantó el vuelo y dominó la cumbre.

Discípulo predilecto de nuestro gran Menéndez y Pelayo, y para los hispanoamericanos segundo ejemplar suyo, conocedor profundo de nuestro magnífico idioma castellano, representáis la noble tradición de la cultura española que si respecto de lo pasado es una incomparable gloria, hacia lo porvenir es el fundamento de nuestra esperanza.

Os invito, señores, a tomar esta copa por la felicidad de quien ya desde su adolescencia fue decano y ahora lo es por título universitario; por aquella que en juventud florida supo comprenderle e identificarse con

él; por el venerable sabio, lumbrera de la sagrada cátedra y ornamento de la patria literatura, ante quien todos nos inclinamos respetuosos y cuyo puesto aquí está vacío por causa muy dolorosa; por la Facultad de Filosofía y Letras que Dios prospere, y que hoy engalana sus puertas y enciende luminarias para festejar a su maestro querido; por la Consiliatura del ilustre Colegio del Rosario; por todos aquellos que desde cualquier punto de la República nos acompañan en esta solemnidad; por el aumento y esplendor de la cultura literaria, que ha dado a Colombia sus mejores títulos de gloria.

Salud.

JESUS CASAS MANRIQUE

DISCURSO DEL DOCTOR RAMON ZAPATA

Señores:

Los discípulos de ayer y de hoy del doctor Antonio Gómez Restrepo, inspirados en el más alto sentimiento de gratitud y veneración por el sabio maestro, gloria inmarcesible de las letras hispanoamericanas, no habríamos podido consentir en que pasara inadvertida la reciente resolución de la Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario la cual lo procamó decano de los profesores de ese Claustro venerando, fanal tres veces centenario de virtud, de ciencia y patriotismo.

Ese el motivo de esta fiesta. Ninguna excusa me fue aceptada para eludir el tan honroso como grave compromiso de llevar en ella la palabra a nombre de los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras, cuya cátedra de literatura viene regentando el doctor Gómez Restrepo por espacio de 33 años, con celo insuperable.

Difícil sobremanera es definir en pocas y mal hilvanadas frases de cariño la fisonomía intelectual del gran maestro de la literatura colombiana, en cuanto a su

naturaleza física, ya el tiempo está esculpiendo su escultura para el pórtico del futuro.

Mientras más estudio la vida meritoria y más ahondo en la obra vasta del maestro, en contraste con mi notoria deficiencia, y vosotros sabéis que éste no es un acto de modestia, más incapacitado me siento para acertar en el elogio, aunque para ello me basta recordar someramente su obra literaria, lo que me propongo, si cuento con vuestra benevolencia para salir airoso de tan arduo empeño.

A fines de 1891 un adolescente modesto y sencillo, pero con una ciencia superior a su edad, dejaba los bancos escolares para ocupar la cátedra de literatura en el Colegio de fray Cristóbal de Torres. Poco tiempo después el Gobierno lo enviaba a España con el carácter de secretario de nuestra legación, para que allí alternara con sus maestros de entonces los Mauras, los Cánovas del Castillo, los Valeras, los Revillas y los Menéndez y Pelayo. Luégo regresaba a la patria en plena juventud y madurez intelectual.

En ocho lustros de continuo trasegar con las letras ha espigado con fortuna envidiable por los campos de la historia, de lo cual son frutos sazonados la *Reseña histórica y descriptiva de la ciudad de Bogotá* y la *Reseña histórica de la literatura colombiana*; en los jardines de la poesía han brillado sus estrofas, destinadas a las antologías, como flores de raro aroma y delicados tintes; son innumerables los discursos de corte académico o de estilo patriótico o de crítica de arte que ha pronunciado; en los últimos ocho lustros no ha habido periódico o revista que no se haya engalanado con la prosa elegante del maestro; pero su aspecto más interesante, a mi modo de ver, es el de crítico de arte, pues para llenar concienzudamente esta función es preciso sumar a un gusto estético infalible un arsenal de conocimientos

y un acervo de ciencia pasmosos, de lo cual encontramos buena prueba en el prólogo a las obras de don Miguel Antonio Caro, y, sobre todo, en el estudio preliminar que precede a las poesías de Pombo, donde se revelan estas cualidades en grado superlativo.

En todas estas obras campea a veces el breve y rotundo período francés, pero de manera especial y como carácter de su estilo la sinfonía de las amplias cláusulas armoniosas que recuerdan a Jovellanos.

Mas, la corona que dará mayor brillo a sus blancos cabellos es la del caballero cristiano enchapado a la antigua, es decir, con una fe sencilla, de niño inocente para practicarla y un coraje de león para defenderla.

En el noble magisterio de la enseñanza ya sabemos que hace 33 años, toda una vida, está difundiendo la luz de la ciencia y de la verdad, a semejanza del Maestro de los maestros en el siglo primero de la era cristiana, como el pontífice Gregorio el Grande, que en el siglo VI se trueca de maestro infalible en maestro de escuela, como Carlomagno, que de maestro de pueblos se torna también en maestro de escuela en su propia corte.

La Facultad de Letras y Filosofía, fundada en buena hora por el egregio Rector del Colegio del Rosario, Monseñor Rafael María Carrasquilla, cuya ausencia hoy lamentamos, porque no ha podido dar tregua al dolor de familia que lo aflige, y quien debería estar personalmente presidiendo esta mesa, como la está presidiendo, sin duda, en espíritu, la Facultad de Literatura, digo, encomendada también en hora afortunada a los preclaros talentos de nuestro festejado, es algo tan exclusivo en el Colegio de fray Cristóbal de Torres, que le da fisonomía propia, le imprime carácter.



La enseñanza clásica y las disciplinas escolásticas explican la razón de la existencia de la Facultad de Literatura, como que aquéllas son la piedra angular de los estudios modernos. Se ha dicho, es verdad, que por antiguos deben desecharse esos estudios. Esto equivaldría a demoler un almenado castillo feudal coronado de torreones y minaretes, a pesar de su elegancia y solidez, únicamente porque no fue construido por nosotros o porque la pátina del tiempo lo ha deslustrado, dejándole un aspecto añoso y legendario, y por eso se ha pensado que podrían ser ruinas milenarias que los siglos sí hayan respetado.

La antigüedad clásica, y particularmente la latina, echó las bases inmovibles de toda la cultura advenidera de la humanidad; durante los diez siglos de la Edad Media, la noche oscura del feudalismo, estas disciplinas sufrieron un eclipse que pareció ser definitivo, aunque brilló tan alto y luminoso el siglo XIII, el siglo de santo Tomás de Aquino, en el cual comenzaron a florecer las catedrales góticas, precursoras del siglo XV, el siglo del Renacimiento, el que restauró en todo su prístino esplendor la civilización romana y el estudio de los clásicos griegos y latinos. Y por último, el flamante modernismo francés pretendió en 1902 regresar al tiempo medioeval y suprimir los estudios de humanidades. Mas, las enseñanzas clásicas salieron airoas de esta nueva prueba en los tiempos modernos, y hoy día, gracias al prócer Colegio del Rosario y al doctor Gómez Restrepo, entre nosotros no sólo se estudia a Horacio y a Cicerón, a Virgilio y a Homero, a los filósofos griegos y a santo Tomás en sus propios idiomas, sino que se han remozado sus sabias doctrinas, base y fundamento de la civilización actual, de las matemáticas, de la física, de la química aplicadas, de la historia y de la filología comparadas.

Esta, a grandes ragos, ha sido la fecunda labor del doctor Gómez Restrepo, nuestro Menéndez y Pelayo, el cruzado de la piedad cristiana, el patriarca de las letras colombianas, citado como una autoridad de gran prestigio entre los grandes maestros de nuestro idioma, el sabio profesor de toda una generación que hoy se da cita en mis labios para saludarlo con toda la efusión del cariño y la admiración para proclamarlo el primero de nuestros maestros en el tiempo y el primero en competencia y sabiduría.

Los doctores en filosofía y letras saben muy bien que el elogio a grandes lineamientos que acabáis de escuchar cualquiera de ellos lo hubiera hecho con las mismas ideas en forma bella, en donde el estilo hubiera sido un motivo más de deleite para vuestros oídos y para vuestra mente. En la designación inesperada que se hizo para llevar la palabra en los actuales momentos, estoy seguro que se procedió como en la casa de familia para obsequiar al padre o a la madre: se pone en manos del más pequeñuelo el obsequio y se le envía solo para que resalte mejor el mérito de la ofrenda.

Se hallan congregados en esta reunión los representantes de las tradiciones de la Facultad, los que las renuevan con sus estudios y algunos de los de la república de las letras quienes las ilustran con su concurso, con el fin de dar testimonio todos de la justicia con que se consagra en un acto de la Consiliatura del Colegio Mayor del Rosario la preeminencia de un ingenio que brilla en el cielo de la Patria con luz que se difunde allende las fronteras colombianas.



RESPUESTA

DE DON ANTONIO GOMEZ RESTREPO

No tengo palabras bastante efusivas para manifestaros el agradecimiento con que recibo este homenaje, tan desproporcionado con mis merecimientos y tan ajeno a la vida retirada que llevo y en cuya penumbra me agrada pasar inadvertido, «ni envidiado ni envidioso.»

Habéis querido festejarme con ocasión del insigne honor que me ha otorgado la ilustre Consiliatura del Colegio del Rosario, nombrándome decano de la Facultad de Filosofía y Letras, distinción muy señalada, a la cual no habría podido aspirar, si de exhibición de méritos se tratara, pero a la que me ha permitido llegar una circunstancia que no puede recordarse sin cierto sentimiento melancólico. Este decanato me hace presente que, habiendo entrado como profesor del Colegio cuando aún no había cumplido la mayor edad, he vivido lo suficiente, siempre adherido al clausto glorioso, para que se me pueda recordar, sin que tenga derecho a enfadarme por ello, que he pasado los umbrales de la vejez.

Vejez de cuerpo, pero no de espíritu, porque a medida que pasan los años, aparece en el alma una segunda floración de entusiasmo y de sentimiento, se aviva la fe, se purifican los ideales, por lo mismo que ya no aspiramos a verlos realizados en la tierra, sino más allá, en la región de la suprema belleza; se enciende el amor al arte, cuyas manifestaciones hacen vibrar dormidas cuerdas de la sensibilidad, y gozamos cuando llegan hasta nosotros oleadas de juventud, que nos traen el saludo de los que llegan en pos de nosotros, para realizar quizás lo que fue para nosotros una aspiración imposible, un ensueño tan dulce como engañoso.

Vuestras palabras, señores Casas y Zapata, me han llegado al corazón por lo que tienen de cordiales, y me

han hecho ruborizar, por lo que encierran elogio excesivo, aun cuando sé que en vuestros labios es sincero. Habéis reflejado sobre mi persona las luces de vuestro ingenio, y la presentáis con un brillo que sólo existe en vuestra fantasía de jóvenes generosos. Habéis convertido en merecimientos las buenas intenciones, y gracias a este engañoso espejismo habéis transformado la modesta fisonomía del antiguo profesor de literatura del Colegio del Rosario, y me asociáis a nombres que no pueden pronunciarse sino con la cabeza descubierta y presentando las armas.

Cuando fui llamado, prematuramente, lo confieso, a desempeñar una cátedra en este Instituto, encontré sentados en las aulas a jóvenes que hubieran podido ocupar también la silla del profesor. Algunos de ellos han llegado a muy altas posiciones; básteme citar a Emilio Ferrero y a Ramón Rodríguez Diago. Presunción mía hubiera sido el considerarme maestro de tales oyentes, y en realidad, nunca me juzgué sino como un compañero de estudios, impresión que he conservado al través de los años; pues si éstos lo alejan a uno materialmente de la juventud, espiritualmente lo acercan más a ella, lo ponen en contacto más íntimo con los corazones frescos y generosos, le revelan la eterna juventud del sentimiento. Además, nunca me he sentido con condición ni autoridad para ser maestro de nadie; jamás, al entrar en la cátedra, he revestido la toga, antes bien, he procurado deponer en el umbral de las aulas la investidura oficial, para no ser sino un estudiante de más años y más experiencia que los otros; tan deseoso como ellos de avanzar en el conocimiento de la materia que es objeto del curso; tan dispuesto a rectificar errores y a suplir deficiencias de información; tan respetuoso del derecho de opinar y sentir que tiene cada cual. No es maestro todo el que quiere, sino el que nace con las

condiciones indispensables para ejercer el magisterio. Quien las posee, enseña, aun sin estar sentado en la cátedra, ni dando lecciones: enseña no sólo con la palabra, sino con el ejemplo; con el influjo espiritual que emana de la actitud, de la mirada, del continente. Así es nuestro ilustre Rector: maestro de maestros; apóstol antes de vestir la sotana de sacerdote; encarnación viviente de una tradición secular de virtudes y de gloria.

Tocó a Monseñor Carrasquilla fundar en 1892 la Facultad de Filosofía y Letras del Colegio del Rosario, y me correspondió la honra de ser uno de sus inmediatos cooperadores. Durante este espacio de tiempo ha procurado la Facultad, luchando con grandes obstáculos, con la incompreensión, con la pereza intelectual, con el desdén vulgar que persigue a las desinteresadas manifestaciones de cultura; ha procurado, digo, mantener viva la antorcha de la educación clásica, que irradió tan luminosamente en tiempos gloriosos para las letras colombianas. El Colegio del Rosario ha hecho, en modestísima escala, lo que hacen en grande esas venerandas universidades europeas, en donde los estudios clásicos se cultivan como uno de los ramos más importantes de la civilización, y como escuela de libertad intelectual, pues nada robustece tanto las alas del ingenio, como haberlas ejercitado, siguiendo el encumbrado vuelo de los maestros del arte y de la filosofía.

Nunca se ha pretendido en el Colegio del Rosario comprimir el pensamiento ni reducir el ingenio a la imitación mecánica de los modelos antiguos, sino someter la inteligencia y el carácter a una disciplina racional, para que puedan desenvolverse vigorosamente, sin caer en peligrosos extravíos; infundir en los ánimos las ideas de orden, de claridad, de lógica, de proporción, y apacentarlos con la contemplación de modelos inmortales; dar a los espíritus juveniles una solidez de gusto y de

criterio que no se adquieren cuando se prescinde de tales estudios, y dejar que la inspiración, una vez que logre el equilibrio de sus alas y la certeza de su rumbo, se levante con vuelo propio hacia las alturas de lo ideal, siguiendo el consejo de uno de los más clásicos poetas españoles, de Bartolomé Leonardo de Argensola, cuando después de recomendar el estudio de los antiguos agrega:

Suélta después al voluntario vuelo
Pomposa vela, en golfo tan remoto
Que no descubra sino mar y cielo.

A esta noble labor han contribuido, en primer lugar, Monseñor Carrasquilla, que ha impreso su sello imborrable en el Colegio del Rosario y lo llena con su personalidad; luégo el benemérito Vicerrector, cuya acción ha sido tan constante y eficaz como modesta, y los eminentes profesores del Claustro, que forman un grupo con el cual se honraría cualquiera universidad. A su lado he cooperado yo, con facultades escasas, pero con profunda convicción de ideas y ardor juvenil de sentimientos, en la obra de defender la tradición nacional, de procurar que los esfuerzos de los que llegan se enlacen con los de los hombres que los precedieron; de alejar a la juventud de la frivolidad y de la vana presunción; y de formarla en la religión del respeto y en el culto de las glorias patrias; de alimentarla con la medula sustantífica de los estudios clásicos, haciéndole comprender que ése es alimento de leones y que con ella se han fortificado nuestros grandes ingenios, lo mismo Julio Arboleda que Miguel Antonio Caro; lo mismo Diego Fallon que Santiago Pérez; lo mismo Rafael Pombo que Guillermo Valencia. A ese ideal clásico vuelven hoy los ojos en Europa las generaciones novísimas, como lo asegura un testigo presencial, que es uno de los jóvenes de entendimiento más claro y de ilustración más vasta que tiene Colombia: el gran poeta Angel María Céspedes, nuestro compañero en esta fiesta.

No he aspirado a ser sino una humilde planta, arraigada en el
Rosario Histórico

gada en las grietas de los venerandos bloques del Claustro. El homenaje que se me tributa debo referirlo, pues, al Colegio, que ha sido bajo el rectorado de Monseñor Carrasquilla, escuela de orden y de libertad, por lo cual, algo de su espíritu perdura aún en aquellos que formados allí, se han separado luégo en diversas direcciones y han transitado muy distintos caminos. La permanencia en aquellos claustros imprime carácter, y no han logrado borrar del todo la huella de su formación intelectual ni aquellos pocos de quienes se puede decir con el Apóstol san Juan: *ex nobis prodierunt sed non erant ex nobis.*

Si como profesor refiero el homenaje al Colegio, como particular lo acepto, para referirlo a mi padre, mi único maestro, pues yo no me senté en otros bancos que en los de su modesto instituto privado; el que alentó mis aficiones literarias y con sus bellas poesías despertó en mi corazón el entusiasmo por el arte. El consumió su vida en laboriosas vigiliass, sin recibir estímulos, ni pretender aplausos, y dejó a sus hijos un ejemplo de virtud y de integridad moral, que ojalá hubiera sido yo capaz de imitar. En épocas difíciles mantuvo la luz de la educación cristiana, y como buen discípulo del Evangelio, pasó haciendo el bien, silenciosa y eficazmente, consolando sus penas con la contemplación de las esperanzas eternas y endulzando sus labores con la miel de la poesía.

Señores: os invito a tomar esta copa por el señor Rector del Colegio, a quien, para que no le falte consagración ninguna, ha querido darle Dios la del dolor; por los eminentes consiliarios y profesores, y por la Facultad de Filosofía y Letras, que hoy ostenta pujantes renuevos, para que el cielo la aliente y prospere, a fin de que siga engalanando el claustro secular, con la pompa de las frescas flores y la alegría de los sazonados racimos.